

y les dirá: movéos, y se mueven; inventad tal ó cual cosa, y la inventan; oponéos á tal barbarie, y se oponen á ella; estrechad los límites de ese océano y los estrechan; producid la riqueza, y la producen; haced que florezcan las artes, la literatura y la ciencia, y las artes, la literatura y las ciencias florecen como si obedecieran una órden emanada del mismo Dios. Y si un solo hombre tan poderoso y dueño de sí mismo reúne en una sola tantas fuerzas, qué no podremos esperar de millones de individuos dirigidos por una sola mano y cuyas fuerzas unidas caminen á un solo fin?

La historia es la que se encarga de ensalzar el relevante mérito á la autoridad, probando de una manera incontestable, que todo lo grande que han hecho los hombres se ha debido á la autoridad que ha encaminado á un pueblo libre por la senda del derecho, del deber y de la justicia. Tengamos presente que no es la autoridad la fuente que produce, sino la mano que mueve, el resorte que obra, y el genio que da á los pueblos toda la grandeza de que nos habla la historia.

Si por el contrario fijamos la vista en un pueblo donde no existe la autoridad ó donde ésta ha abusado de su fuerza, verémos que nada han producido que no sea mezquino, y solo en lo monstruoso ha sido grande; en todo lo que ha creado podrémos observar la falta de una mano fuerte que lo dirigiera; notarémos que la fuerza vital de la nacion retrograda, si no se vuelve estéril. Las sociedades sin autoridad son incapaces de crear, y solo pueden destruir; no esperéis de ellas que produzcan algo grande, porque no os darán sino mezquinas producciones. Veréis en ellas

audacia, pero la audacia de la impotencia; se agitan, pero con la agitacion de los débiles porque carecen del vigor que da el progreso; harán tal vez alguna tentativa para salir de su nulidad, pero sin adelantar un paso. Quizá concebirán una idea, mas no llegarán á engendrarla y todos sus esfuerzos se reducirán á probar que son incapaces de una concepcion.

Este es, señores, el resultado que deben á la autoridad las naciones bien constituidas; con la estabilidad nos dan el órden y con la libertad el progreso. Con estos dos grandes elementos hacen feliz á un pueblo, porque siendo los principales elementos sociales, dan á la sociedad la armonía, la grandeza y la fuerza. Eliminad en un pueblo la autoridad, y esas tres cualidades que le adornan desaparecen para dar cabida en su lugar á la repugnante anarquía; en vez de la grandeza que se debe á la libertad encontraréis en breve la bajeza de la esclavitud, y en lugar del progreso que da la fuerza hallaréis la impotencia de la debilidad: en dos palabras, el progreso social desaparecerá para ceder el paso á la decadencia, ó por mejor decir, á la ruina social, porque no solo dejará de existir el progreso social sino la sociedad misma.

¿Qué sucede, si no, señores, en los países donde la autoridad ha sido arrancada de su asiento por la balumba de las revoluciones? En esos países, señores, nada queda que recuerde una nacion; solo vive una masa de seres sujeta á todos los males de la sociedad; es decir, queda una sociedad muerta que no resucitará jamas. Vendrán otras naciones á disputarse su existencia; y una vez que dejaron de sér como nacion, no parece sino que tambien perdieron el derecho de sub-

sistir como individuos. Solo cuando quieren echar mano de una autoridad que las dirija dejan de resbalar por la pendiente que las precipita; y aun cuando la autoridad que elijan sea por de pronto ineficaz ó despótica, lograrán mejorar un tanto su triste condición, porque mejor es en una sociedad tener una autoridad despótica ó impotente, que carecer de una autoridad. La sociedad débil y la autoridad despótica constituyen una sociedad enferma; pero una autoridad destruida indica una sociedad moribunda.

Así como el individuo siente la necesidad de existir y conservarse, así sienten instintivamente los pueblos la necesidad de ser gobernados; y dias hay en la vida de los pueblos, en que esa necesidad es mas imperiosa que nunca; sí, es mas imperiosa que nunca cuando las olas de la muchedumbre mugen como una tempestad, cuando los tronos y las dinastías caen ruidosos y amenazan derruir con sus propios escombros el pedestal de la autoridad. En esos momentos lúgubres en que no parece sino que la autoridad ha sido quebrantada por el rayo que desquició el cuerpo social, las naciones despiertan sobresaltadas, porque ven á sus piés un precipicio y la tempestad sobre sus cabezas; conocen que les amaga un peligro terrible y preguntan azorados: “*¿Dónde está la autoridad?*” porque se asemejan en aquellos momentos á un pobre viajero que en medio de los bosques se ve repentinamente asaltado y sin amparo en medio de una horda de bandidos. La sociedad en esos terribles momentos se encuentra como él aislada, porque no mira sobre su cabeza el escudo de la ley que le amparaba y solo contempla rostros torvos y puñales de asesinos.

En esos momentos solemnes tiemblan de placer todos los malos, y se estremecen horrorizados todos los buenos; los malos, porque sus crímenes han roto el freno; los buenos, porque sus virtudes han quedado sin amparo; y todos entonces vuelven despavoridos los ojos hácia la autoridad que se trata de establecer. Los mismos que han salido vencedores en medio del desastre general sienten la necesidad de existir y defenderse, y sobre las ruinas de la autoridad caída procuran cimentar el principio de la autoridad naciente; y sentándose sobre los escombros de las instituciones, de los tronos y de las dinastías, dirigen la palabra á la sociedad que tiembla aún y dicen: “Tranquilizaos, existe una autoridad, y esta autoridad la formamos nosotros.”

Esto nos prueba de una manera incontestable que en épocas de trastornos es cuando mas necesitan los pueblos de una mano firme que sea el sosten de la sociedad.

Esta es la autoridad, señores, ó en otros términos, el primer elemento necesario á la existencia y al progreso sociales. Veamos ahora cuál es la primera necesidad de los pueblos en estos tiempos borrascosos.

II.

Fijando nuestra atención en la luz que arrojan estas palabras: *Necesidad suprema de que exista una autoridad para que las sociedades progresen*, veamos, señores, cuál es el cimiento de la autoridad en las sociedades

modernas. Me propongo hablar de todas las sociedades en general, al examinar lo que entendemos por autoridad. Toda autoridad, sea cual fuere el nombre con que se revista y la forma que adopte, es solidaria: el que ataca el poder en algun modo le ataca en todas sus formas.

Uno de los rasgos particulares de las sociedades modernas que demuestran el gran peligro que las amenaza, es que la autoridad ha sido destruida ó atacada en todas sus formas; en todas partes se han sentido los sacudimientos de la revolucion. Cierto es que en todos tiempos se ha atacado á la autoridad, porque la guerra es un hecho universal y existió desde los primeros tiempos. Es evidente que la naturaleza humana tiende siempre á rebelarse contra todo lo que la encamina á la sujecion; pero es fuerza que convenamos en que en los tiempos modernos la guerra hecha á la autoridad ha tomado un incremento desconocido en otros siglos, y nos amenaza con una catástrofe que no habrá tenido igual en la historia humana.

El golpe mas rudo dirigido contra la autoridad en los tiempos modernos, es sin disputa alguna la rebellion de Lutero contra la Iglesia. En medio de las revoluciones de los imperios y de los cambios de dinastías ocurridos en nuestra historia por espacio de quince siglos, uno solo entre tantos tronos habia permanecido firme en sus cimientos, defendido por su propia majestad y por una obediencia que nadie le habia negado antes; era la autoridad de la Iglesia personificada especialmente en un hombre, el Soberano Pontífice, á quien quince siglos de cristianismo

habian respetado como representante del Hombre-Dios y padre de los católicos. Nunca habia dejado la herejía de oponer al gobierno y á los fallos de este soberano los sofismas y la superchería; pero jamas se habia atrevido su audacia á levantar el estandarte de la rebellion. Habia osado negar los dogmas protegidos por la autoridad pontificia; pero no se atrevió nunca á disputar la misma autoridad. Lutero fué quien tuvo esa audacia; atrevióse á protestar contra una autoridad protegida por tantos siglos de obediencia.

Su protesta fué un crimen; pero un crimen que le dió humanamente una victoria. En el fondo de las sociedades sometidas existia la semilla de la discordia y del odio contra la autoridad del Papa, y Lutero la hizo brotar con una fuerza estraña; esa fué la esencia del protestantismo, porque el protestantismo, desnudo de sus pretextos, no es mas que la rebellion contra la autoridad; es la rebellion contra la Iglesia. Lutero no fué mas que un monje rebelde, un revolucionario religioso.

La revolucion iniciada por Lutero debia necesariamente producir otra revolucion; la independencia en el órden religioso no era sino un preludio de la independencia en el órden moral: el protestantismo preparaba la filosofia. Despues de Lutero, que negó la autoridad de Jesucristo en el gefe de la Iglesia, vino Voltaire, que negó la autoridad de Dios en Jesucristo, fundador del cristianismo. El uno niega que Jesucristo habla á los cristianos por la boca del sucesor de Pedro, y el otro niega que Dios habla á los hombres por boca de Jesucristo. Para independerse Lutero en el órden religioso, niega que el Soberano

Pontífice es el órgano de la revelacion, y por este medio quiere librarse de toda sujecion, y para liberarse en el órden filosófico, niega Voltaire con Jesucristo revelador el hecho de la revelacion. Negando el primero la autoridad de Jesucristo en la Iglesia, proclama la independenciam absoluta en la interpretacion de la Escritura; negando el segundo la autoridad de Dios en Jesucristo, proclama la independenciam de la razon humana. En dos palabras, señores, al desconocer Lutero la autoridad religiosa, crea el protestantismo ó la revolucion religiosa; y al desconocer Voltaire la autoridad de la razon, crea el racionalismo ó la revolucion filosófica.

En vano se hubieran los hombres esforzado para detener la corriente que arrastraba á la sociedad moderna. Animada con las dos victorias que acababa de conseguir, debia la hidra revolucionaria proseguir en su camino buscando nuevos triunfos y deseando nuevas derrotas. Conseguida la independenciam religiosa y la independenciam filosófica, debia necesariamente pretender la independenciam política. Y como quiera que las sociedades necesitan de un gobierno para vivir, inventó un sistema político donde se amalgaman confusamente el que manda y el que obedece; un gobierno hecho al reves, un gobierno admirable donde todos mandan y ninguno obedece. Esta tercera invencion descorrió el velo de la tercera rebelion que se preparaba contra la autoridad. La sociedad empezó á sacudirse de un extremo á otro del mundo como un océano impulsado por el huracan, y estalló la revolucion política. No trato de examinar si durante ese período que se ha dado un nombre y que por sus he-

chos se ha llamado *Revolucion*, brotaron algunas ideas generosas; pero sí sostengo, sin temor de que se me contradiga con la verdad, que si algo hubo de verdadero, legítimo y generoso en ese drama célebre, no fué la *Revolucion*. En el órden político la *Revolucion* era lo que habia sido en el órden filosófico y en el órden religioso; es decir, la oposicion á la autoridad.

Ensoberbecido con sus tres victorias, pero no satisfecho aún con ellas, el genio de la revolucion echó á su alrededor sombrías miradas buscando todavía otras cosas que destruir; todo era escombros, pero entre ellos se descubria intacta una autoridad, sostenida por el respeto de todos los pueblos y de todos los siglos; dirémos mas, por la legislacion de todos los pueblos y por el buen sentido del linaje humano. Esta autoridad era la *propiedad*. Todo el que posee algo conforme á las leyes de la legitimidad, ejerce autoridad. El que al sentar sus piés sobre un punto de la tierra dice: "Esto es mio, porque yo lo hago mio," ejerce autoridad. Todo propietario es señor en sus terrenos, y ninguno reconoce en ellos mas dueño que el Rey de los reyes. Pero viendo la revolucion que aun quedaba en pié esa autoridad, comprendió que mientras existiera ese último baluarte del órden social, jamas lograria establecer completamente su despotismo. Y lanzó frenéticas miradas, y levantó el grito de; *Guerra á la propiedad!*

Señores, este es el grito general y la principal causa de las revoluciones de estos tiempos; este es el objeto principal de esa guerra que se ha revestido con un título digno mil veces de su ambicion al lla-

marse *social*. Hace medio siglo, señores, que los mas rudos golpes asestados por la espada revolucionaria se dirigen todos contra la propiedad, porque, ya lo hemos dicho, la propiedad es el último baluarte social. Si este baluarte se pierde, la sociedad dejará de existir, y solo quedará en lugar suyo el socialismo. Pero Dios permitió que se dirigieran ataques á la propiedad, para abrir los ojos á todos los egoístas que contemplaban impasibles la guerra que se hacia á la autoridad. Mientras vieron los propietarios que los ataques se dirigian solo contra la Iglesia, contra la autoridad de Jesucristo y contra la autoridad de los reyes, dijeron sin inmutarse: al fin que se defienda la Iglesia si la atacan; si atacan á Jesucristo, bien puede defenderse, y si atacan á los gobiernos, ellos verán lo que hacen. Pero cuando el monstruo revolucionario sentó sus plantas sobre los terrenos de los propietarios, y amenazó acabar, no solo con sus dominios sino tambien con sus derechos, entonces se alarmaron preparándose para defenderse. Entre ellos figuraban algunos que habian empuñado la hoz revolucionaria; pero que comprendiendo tarde el mal que habian impulsado, gritaron á la revolucion: Detente, porque no queremos que nos priven ni de nuestro hogar ni de nuestros dominios; respeta la propiedad, porque estamos dispuestos á morir antes que permitir que se desplome el último baluarte del orden social.

Este es el camino que ha seguido desde hace tres siglos el genio revolucionario; donde quiera que ha pasado ha llevado la guerra y la desolacion: ha negado á los Pontífices la autoridad de Jesucristo, y á

Jesucristo la autoridad de Dios; ha disputado la autoridad de los reyes sobre los pueblos y el derecho de los hombres sobre su propiedad. Hablando por boca de sus prohombres, ha lanzado al mundo cuatro principios revolucionarios que semejantes á los gritos de Satanás han retumbado de siglo en siglo llegando hasta nuestros dias.

Su primer principio proclama que Roma es Babilonia, que el Pontífice romano es el Antecristo, y que el Evangelio destruye el Papado.

El segundo principio sostiene que Jesucristo es un infame y el cristianismo un absurdo, y quieren que en nombre de la razon se destruya el cristianismo.

El tercero asienta que los reyes son los verdugos de los pueblos y las monarquías el despotismo, y en nombre de la nacion quieren que se destruyan las monarquías.

El cuarto grita con desenfreno que la propiedad es el robo, que el propietario es un ladron, y en nombre de la humanidad quiere que no exista la propiedad.

Cuatro son estos principios, que representan cuatro revoluciones distintas. El primero la revolucion religiosa; el segundo la racionalista; el tercero la demagógica, y el último la socialista; es decir, la universal, la que abraza todas las demas revoluciones, porque quiere destruir á un mismo tiempo al Papa, al cristianismo, á los reyes y á los propietarios.

Cierto es que no todos los reformistas están de acuerdo en su brutal agresion contra todas las autoridades á la vez; pero es porque disfrazan hipócritamente sus intenciones: siglos hace que obran de este

modo. Los revolucionarios religiosos dicen que no se proponen destruir la Iglesia sino reformarla; los revolucionarios racionalistas sostienen que no quieren destruir el cristianismo, sino reformarlo: los revolucionarios políticos pretenden probarnos que no quieren destruir los gobiernos, sino reformarlos; y por último, los reformadores socialistas claman que no quieren destruir la propiedad, sino reformarla.

Oh, señores reformadores, ¿cuándo os atreveréis á sostener descaradamente vuestras mentiras y vuestras intenciones? ¿Queréis que os diga los siniestros proyectos que abrigais y que en vano quiere ocultarnos vuestra hipocresía? Pues bien, señores, todos á un tiempo mentís, porque el protestantismo quiere destruir la Iglesia, el racionalismo quiere acabar con el cristianismo, la demagogia con los gobiernos, y el socialismo, diga lo que quiera, se propone dar fin con la propiedad. Quien sostenga lo contrario, hablará hipócritamente y nos engañará á todos.

Pero como todas las cosas caminan siempre al fin para el cual fueron criadas, resulta que así como los hombres se juntan para negar en ciertas épocas la verdad, la verdad, como en represalia, les obliga á su vez á negarse á sí mismos. Y esto es lo que sucede con los agresores de la autoridad. Los revolucionarios religiosos niegan la autoridad pontificia; pero quieren convertirse en pontífices. Los racionalistas se convierten en reveladores para probar á su modo que no hay revelacion. Los políticos quieren convertirse en monarcas para probarnos que no deben existir gobiernos. Y por último, los socialistas quieren apoderarse de la propiedad, para convencer-

nos mejor de que la propiedad es el robo. Así es como se cumple de una manera mas y mas visible con esa ley eterna que condena á ser víctimas de sus propias contradicciones á todos los que se proponen destruir la verdad valiéndose de la mentira.

No hay iniquidad que no se haya mentido á sí misma: *Mentita est iniquitas sibi*. Veamos cuál es la contradiccion general que ha puesto en claro las mentiras de cada uno.

Despues que los revolucionarios hubieron destruido en cuanto les fué posible todas las formas de autoridad, arrastrados por una misma pendiente al abismo de una misma contradiccion, quisieron construir una autoridad única con los escombros de las demas autoridades destruidas; pero una autoridad colosal, inexistible por lo monstruosa, que bajo el nombre de Estado debia absorberlo todo, religion, educacion, filosofia, gobierno y propiedad. Ese Estado de nueva invencion debia ser pontificio, revelador, rey, propietario y dueño de todo. Esta autocracia impersonal, más despota que el mismo despotismo, es el único poder capaz de aplicar á los pueblos revolucionarios los castigos á que se han hecho acreedores por haber destruido con la autóridad todas las garantías sociales.

Esta es y no otra, señores, la pendiente por la cual se resbalan las sociedades modernas desde hace trescientos años. Y sin embargo, se nos quiere probar que esta balumba revolucionaria que hace temblar á la autoridad, si no es que la arranca de cuajo de su asiento, se llama progreso, y que él será quien procure á las naciones un porvenir risueño y próspero!